

ESQUEMA POETICO PARA EL LIBERTADOR

Por JEAN ARISTEGUIETA

A ILEANA ESPINEL

I

Le escribo en la ciudad —cuna de su señal terrena—, bajo la advocación la fe. ¿Cómo dibujar su perfil de héroe, su visitación a la gloria, fuego del albedrío?

24 de Julio de 1783. Caracas, origen de su tránsito, espesura en donde se cumple la profecía de la esperanza: Aquí nació Simón Bolívar, único en su resplandor de libertad, único en su genialidad de renuncia, de aspiración sobrenatural, de sanguínea lucidez que araña en ese vacío aterrador que es la independencia.

Simón Bolívar, ¿por qué siempre que describo la irisada embriaguez de tu signo me tiembla el corazón como un relámpago?

¡Oh planta americana de potestad sobre el vaticinio! Cuanto más reniegan de tu quimera más invicta queda tu señal que se debate en la eternidad y el sacrificio. Cuanto más enjuriado eres más real es tu heredad sin vallas. ¡Oh pureza de laurel consumido!

II

Debo trazar un esquema de tu existencia, pero las palabras son vertiginosas cuando se relacionan a tu ascendencia, a tu huracán, a tu soledad. ¿Por dónde comenzar con ilación si tu historia ilumina como vertiente solar, si tu pasión está desposeída de murallas como la lluvia y como la poesía, como la noche y como la poesía, como el amor y como la poesía?

III

Oigo gritar al viento en medio del silencio nocturno, oigo su tenacidad desafiante, pero de fe al mismo tiempo. Y pienso en tu soledad delirante. Después el viento se aleja en busca de otros caminos. Entonces pienso en la época de

tu juventud, en tu cristal de los días apacibles de la Colonia, cuando jardines y libros se unían en parábola sutil. Joven con la frente anticipada ya por la sed del ideal, inicias el aprendizaje de la nobleza, no la pueril nobleza de los linajes familiares, sino en las teorías de Rousseau, en las doctrinas enciclopédicas.

Hay esclavos que rinden la jornada de la desolación sometida inútilmente frente a los campos, frente a las ciudades aldeanas. La vida agrícola y coloquial de las familias no te hace otro efecto que el de una melancolía casi sardónica. A merced de los días monótonos pasa la arena del reloj.

Sin embargo, tu cerebro ya germina en inquietud y te adivino precursor del desafío interior de tu propia grandeza. Eres la juventud en vigilia. Eres la sombra que se proyecta hacia la luz. Eres Simón Bolívar, samán joven de una provincia que se llama Venezuela y que amas apasionadamente en el dolor de los esclavos, en esa íntima clausura que aletea en tu alma.

IV

María Teresa, española, será cristalino amor, terrible muerte después. Has ido, vuelves a Europa, esta vez abatido y confuso, con la imaginación ardiente y los pensamientos ávidos de otros horizontes que están más lejos del amor. Entonces hablas para el tiempo desde el Monte Sacro (te acompaña Simón Rodríguez, nuevo Robinson, maestro de tu mocedad y ahora nervio de tu inquietud), recorres las antiguas-perennes civilizaciones occidentales. Ya desde entonces tu ideal quijotesco parece grabado en roca: libértarás a las naciones oprimidas.

Oh Simón Bolívar, ¡quién te escuchara las altas las precisas palabras! Capitán de hazañas no cumplidas todavía. Sin embargo, deparas la belleza amarga de la verdad.

V

Acudes a la cita con asombro. Las maravillas caronarán tu cabeza pura hasta consumarse el acto de Caracas, en 1813, en que recibes el título de LIBERTADOR, el único que te hace falta.

¿Cómo repetir línea a línea ese descabellado caudal de tus batallas de guerra, de tus batallas de paz? Conquistas la velocidad del frenesí, dialogas con los Andes. En el orinocó brota de tu mente el llameante Mensaje de Angostura, lo trazaste acomodado sobre calaveras de ganado, en otros momentos, montado en el bongo primitivo que corta los caños del río de ríos venezolano.

Pero la guerra es cruel. Tienes que ordenar inflexiblemente o perecería la República. La Guerra a Muerte es justiciera en medio de su violencia. Hay derrotas, traiciones, destrucción. Y junto con todo esto está la fe de tu pecho libre. Impartes fe como si las derrotas no fueran sino desechos. Y así es. En medio de las inmolaciones aparecen los héroes compañeros. Guerrilleros, lanceros, marinos, doctores, estrategas, cada uno emula al otro en pos de la gloria que les prometías en tus discursos.

Padre, Padre, ¿cómo pueden negarte, cómo? Si de tu raíz vibra para siempre el resplandor de la patria. Si de tu mensaje la libertad se nutre, la grandeza persiste.

VI

Nieves, visiones, desastres, sequías, perdones, discursos, amores —Manuelita Sáenz en el volcán de tu sangre, de tu conciencia—, triunfos, reivindicaciones, en torno a tu destino crece el vasto rumor de las horas. Eres el afortunado entre los ardores de la libertad, eres Don Quijote resucitado en nuestras latitudes, eres la llama inagotable de la vida que no se somete al yugo, que sabe defenderse de las alimañas.

Tu patrimonio exige la totalidad de la patria, pasión que duele, germen que transfigura todos los sinsabores, corona de pasión. Simón Bolívar, Libertador de cuanto se debate en las tinieblas, fulgor de americana intrepidez, libertad desgarrada, pero invicta.

CARACAS, Febrero de 1959.

